

# **Manufacturas y artesanos en México a finales de la época colonial y a principios de la independencia**

Walther L. Bernecker

## **1. Introducción**

Las primeras décadas de la independencia mexicana se presentan como una fase de desarrollo extremadamente compleja y heterogénea. La desintegración de los lazos políticos con la (ex-)metrópoli española cambió sobre todo la forma de articulación de las estructuras comerciales dentro del sistema internacional. La independencia significó para México la desconexión de España como órgano intermediario oficial del flujo comercial.

En lo que sigue, se analizarán algunas consecuencias que tuvieron la apertura del mercado mexicano y la penetración del “imperialismo comercial” europeo sobre el país. Como ejemplo de análisis tomaremos el sector textil, ya que los textiles eran, por mucho, el artículo de importación más importante de México. Tanto en la fase tardía de la época colonial, como en las primeras décadas de la independencia, la discusión sobre la política en relación con el comercio exterior de México giró sobre todo en torno de los textiles, respecto a la propia producción y en relación a la importación.

El estudio se divide en dos capítulos. En el primero se presenta un breve repaso de la estructura y del significado de la producción textil hacia fines de la Colonia. En el segundo se esbozan los cambios ocasionados por la importación de textiles extranjeros en México en el ámbito de la moda y del gusto en la década de 1820 y también las consecuencias sociales. En una breve reflexión final, se interrelacionan los dos primeros capítulos.

## **2. La producción textil hacia finales de la época colonial**

Durante la época colonial, en Nueva España prevalecían básicamente dos tipos de establecimientos relacionados con la producción textil, en-

tendiéndose por ésta la conformación técnica y organizativa de la manufactura: por un lado, el taller artesanal; por otro, la manufactura de paños (obraje). Utilizando definiciones actuales, por *artesanía* habrá de entenderse una actividad independiente relacionada inextricablemente con la persona que la ejerce; con la destreza manual aprendida y un amplio dominio del material, el artesano produce o presta sus servicios. Las herramientas y las máquinas se utilizan en la técnica de producción del artesanado sólo como complemento del trabajo manual. Legal, económica y socialmente el artesano es independiente, aunque exista un tránsito fluido hacia los sistemas de manufacturas (Kaufhold 1978: 28). Los talleres artesanales de Nueva España fueron protegidos por la Corona española a través de regulaciones especiales. En relación con su dimensión, estos talleres novohispanos eran pequeñas empresas, cuya tecnología apenas sufrió cambios a través de los siglos. En el campo, en los pueblos indígenas, surgieron talleres familiares, cuya existencia se basaba en reglamentos reales. En las ciudades, españoles, criollos y mestizos fundaron talleres artesanales, que estaban sujetos a las ordenanzas gremiales corporativas.<sup>1</sup> Gracias a la legislación para la protección de los indios, frecuentemente los artesanos indígenas podían, a nivel local, “ablandar” considerablemente el monopolio gremial. Los gremios formados en el siglo xvii (primero en Puebla, luego en México) –los principales eran los gremios de los tejedores de algodón– prácticamente habían dejado de funcionar cuando a principios del siglo xix (1814) perdieron su estatus legal.

El régimen manufacturero y los gremios de Nueva España han sido relativamente bien investigados. En esta labor, los historiadores se han apoyado, ahora como antes, en las obras de Humboldt (1985) y de López Cancelada (1811). En relación con los “obrajes” en la etapa tardía de la Colonia, es importante la introducción de Chávez Orozco (1939) al libro publicado por la Secretaría de la Economía Nacional: *El obraje, embrión de la fábrica*, en el que expone los obstáculos a los que se enfrentó el desarrollo de estas manufactureras. El artículo de Greenleaf (1967) arroja nuevos datos con respecto a las manufacturas textiles y llega a la conclusión de que la Colonia, con un desarrollo “industrial” más fuerte que el de España, pudo

<sup>1</sup> Con respecto al reglamento gremial, véase Chávez Orozco (1938: 54-57) y Peña (1975: 58-62). Con relación a la historia del artesanado en Nueva España, véanse los trabajos pioneros de Carrera Stampa (1954), Chávez Orozco (1947), Santiago Cruz (1960), así como el estudio de González Angulo (1983). Las ordenanzas gremiales más importantes están contenidas en Barrio Lorenzot (1920).

apartarse de las restricciones comerciales y soportar la legislación laboral proteccionista de la Corona. Resulta también interesante el artículo de Super (1976) sobre Querétaro, presentado como estudio de caso. Muy útil para el desarrollo de la producción textil en la época colonial es la presentación (en la reimpresión de sus *Obras completas*) de Othón de Mendizábal (1947). Arcila Farías (1974) trata las reformas que se refieren sobre todo a “obrajes”, gremios, hilados y minería. El temprano estudio de Carrera Stampa (1954) es, hasta la fecha, indispensable para cualquier reflexión sobre la historia del artesanado y de los gremios en Nueva España. López Aparicio (1952) también revisa en su trabajo sobre el movimiento obrero en México, junto a muchos otros aspectos, los gremios en Nueva España, las condiciones de vida de los trabajadores manuales y los fracasados intentos de industrialización durante los inicios de la época independiente en México. Limitada, pero pertrechada con muchas referencias bibliográficas, es la exposición de Cué Cánovas (1960). El autor reunió aspectos históricos sobre la historia de la manufactura y la industrialización en un estudio más amplio (Cué Cánovas 1959). También pueden encontrarse datos sobre la disolución de los gremios y la proletarización del artesanado, así como para la industria textil en el siglo XIX en Chávez Orozco (1938). Algunas otras fuentes (publicadas ya en otra parte) relativas a la precaria situación del artesano después de 1821 están contenidas en una edición del mismo autor (Chávez Orozco 1977). Buena información sobre el ramo textil novohispano, en particular con respecto a la *Verlagsproduktion*, la encontramos en el libro de Liehr (1971). El análisis de historia económica más amplio y detallado sobre los obrajes novohispanos está en la tesis de Salvucci (1982b). Algunos aspectos sociales de los obrajes poblanos en la época colonial están tratados en el artículo de Pohl/Haenisch/Loske (1978); de los trabajadores textiles de Nueva España se ocupan las aportaciones de Miño Grijalva (1983; 1990).

La relativa ineficiencia de los gremios en la fase tardía de la época colonial se debió, entre otras causas, al gran número de mujeres que efectuaban en sus hogares parte de las actividades (despepitado e hilado del algodón); al control que los comerciantes ejercían tanto sobre la materia prima, como sobre la comercialización de los productos; a la falta de contacto directo entre artesano y consumidor; y, finalmente, a la imposibilidad de controlar el cumplimiento del orden gremial en partes retiradas del país. Fue decisiva la creciente dependencia económica del artesano con respecto del comerciante; dependencia que (junto con los otros factores) llevó a la disolución

gradual y a la proletarización (en el sentido de pérdida de independencia) del artesano “clásico”. El creciente significado económico de los intermediarios independientes es una de las características más importantes de la estructura económica novohispana hacia fines de la era colonial (Thomson 1978: 350). En el transcurso del siglo XVIII, cuando Puebla ya había perdido su importancia anterior como depósito intermedio de bienes europeos, los comerciantes de la ciudad de México lograron aumentar su influencia y riqueza; dominaban el comercio a través de la feria de Jalapa (la cual se llevó a cabo regularmente hasta 1788), y prácticamente ejercían un monopolio.<sup>2</sup>

A pesar de que en la terminología de la historia de la artesanía y la manufactura mexicanas no aparece el concepto del *putting-out system*, en la práctica, la producción artesanal estaba organizada en gran parte de acuerdo con un método que se acercaba bastante a esta forma descentralizada de producción de bienes, pues los mayoristas textiles españoles y criollos conseguían como “intermediarios” las materias primas, las cuales otorgaban como anticipo, y organizaban la venta. Con lo que el artesano había perdido prácticamente su libertad “tradicional”. Aunque permanecía como propietario independiente de los medios de producción que empleaba, había llegado a ser dependiente de la planeación comercial del comerciante intermediario local, quien como prestamista con amplio poder de pago, cliente capitalista y proveedor, ejercía una influencia considerable sobre la producción (Liehr 1971: 28). La importancia creciente del comerciante intermediario para la producción textil del siglo XVIII explica también su ubicación cerca de los centros mineros o comerciales, en los cuales se concentraba el capital comercial. En general, la segunda mitad del siglo XVIII vivió la paulatina decadencia de los obrajes de lana y una expansión considerable de los textiles de algodón; fenómeno expansivo que, por otra parte, llevó a una ampliación del sector artesanal, del sistema de trabajo *putting-out system* y del trabajo casero privado. Estas tres formas de organización dominaron la producción textil en la fase final de la época colonial.

Los obrajes, cuyo establecimiento requería de la autorización del Consejo de Indias y que estaban fuera de la organización gremial (aunque frecuentemente obedecían a las mismas reglamentaciones), se enfrentaban en Nueva España a numerosas dificultades: la competencia de textiles importados, las leyes que protegían a los artesanos y a los agremiados, la carga

2 Brading (1971: 120-128); Thomson (1978: 350). Con respecto a las ferias novohispanas, véanse: Villanueva Saldívar (1963); Carrera Stampa (1953; 1955); Real Díaz (1959: 10-25).

de impuestos y la falta de mano de obra. Los obrajes eran unidades de producción preindustriales para textiles, sobre todo telas de lana, en las cuales el propietario (obrajero) empleaba hasta cien trabajadores locales (el número promedio de trabajadores podría haber sido de veinte). A diferencia de la producción artesanal (en parte tipo *putting-out system*), con la que estaba en competencia, la elaboración de textiles estaba concentrada en talleres industriales de mayor tamaño; en contraste con las fábricas textiles fundadas a partir de 1830, ésta todavía no se encontraba mecanizada. Tanto para proteger a la población local de la explotación incontrolada, como para satisfacer los intereses de los mayoristas españoles, quienes no aceptaban una contracción del mercado novohispano para los textiles que importaban de Europa, los virreyes promulgaron numerosas ordenanzas que obstaculizaban el funcionamiento del obraje; por ejemplo, en 1601 y 1609 las prohibiciones (constantemente infringidas) para contratar indígenas en estos talleres. Para evadir esta prohibición, los propietarios del obraje recurrían al medio del endeudamiento de la fuerza de trabajo, con el fin de atarla a los talleres de manufactura; de hecho a muchos de los trabajadores se les tenía como esclavos.<sup>3</sup> Humboldt escribía a principios del siglo XIX:

Sorprenden desagradablemente al viajero que visita aquellos talleres, no sólo la extremada imperfección de sus operaciones técnicas en la preparación de los tintes, sino más aún la insalubridad del obrador y el mal trato que se da a los trabajadores. Hombres libres, indios y hombres de color están confundidos con galeotes que la justicia distribuye en las fábricas para hacerlos trabajar a jornal. Unos y otros están medio desnudos, cubiertos de andrajos, flacos y desfigurados. Cada taller parece más bien una oscura cárcel: las puertas, que son dobles, están constantemente cerradas, y no se permite a los trabajadores salir de la casa; los que son casados, sólo los domingos pueden ver a su familia. Todos son castigados irremisiblemente, si cometen la menor falta contra el orden establecido en la manufactura (Humboldt 1985, III: 252).

En la transición a la independencia, parece que se eliminaron muchos abusos: los obrajes a finales de la época colonial que semejaban cárceles, por ejemplo, podían ya considerarse como una de las grandes excepciones durante la época republicana. En los veinte del siglo XIX causó gran revuelo el caso de un niño maltratado en un obraje en San Ángel, lo cual indica que el trabajo forzado y el maltrato eran considerados ilegales y no eran aceptados por la sociedad como algo normal (Horrorosa crueldad 1826; Shaw 1979: 409).

3 Las principales ordenanzas para la organización y dirección de obrajes, están contenidas en Chávez Orozco (1939). Sobre los obrajes, véase Carrera Stampa (1961); Greenleaf (1967); Othón de Mendizábal (1947: 259-496); Super (1976).

La importancia económica de los obrajes durante la época colonial permaneció más bien en un segundo plano. Alexander von Humboldt calculó que siete u ocho millones de toda la producción industrial con un valor de aproximadamente 30 millones de pesos correspondían a los obrajes (Humboldt 1985, III: 167). De gran importancia socioeconómica era la organización interna de los talleres, especialmente la separación entre la dirección y la ejecución del trabajo. El propietario de un obraje, anteriormente él mismo un tejedor o frecuentemente comerciante de textiles, se convertía en una especie de empresario capitalista, en tanto que la mano de obra empleada en los obrajes se volvía asalariada. Sin embargo, se trataba de una forma de capitalismo muy rudimentaria, en la cual se encontraban todavía numerosos elementos precapitalistas, como la servidumbre por deudas.

En comparación con los talleres artesanales y de manufacturas, el obraje —a pesar de las dificultades y obstáculos a los que se vio expuesto— fue la forma de producción económicamente superior en el área textil (Othón de Mendizábal 1947: 386). Frecuentemente fue fundado con capital de comerciantes (españoles), por lo general intermediarios, cuyo negocio era la distribución de bienes en México, para la cual ya habían creado las condiciones; no de los comerciantes mayoristas, que luchaban en contra de los obrajes. Sobre el desarrollo de los obrajes en la época colonial existen datos muy distintos: por ejemplo, mientras las manufacturas poblanas resintieron claramente los efectos de la prohibición de la exportación textil a América del Sur y de la importación de mercancía europea —a principios del siglo XIX en Puebla existían sólo dos talleres de manufacturas de lana—, se pudieron mantener mejor los centros de producción de Querétaro, pues se encontraban en el interior del país y contaban con mercados mineros cercanos. Para 1803 había 20 obrajes grandes y más de 300 trapiches pequeños, los cuales procesaban al año cerca de 64.000 arrobas de lana (una arroba equivale a 11,5 kg) y producían 6.000 piezas de tela; el fisco lograba una entrada de 600.000 pesos anuales por este concepto (Colón Reyes 1982: 33; Carrera Stampa 1961: 165). En general, puede observarse en el siglo XVIII una tendencia de concentración a favor de obrajes más grandes, mientras que los más pequeños eran absorbidos cada vez más. Al mismo tiempo, tuvo lugar una redistribución geográfica de la “industria” lanera del valle de México y de la cuenca de Puebla-Tlaxcala hacia el Bajío oriental, hasta Querétaro, en donde las inversiones en obrajes aumentaron en la medida en que se reducían otras posibilidades de ganancia. Para este traslado de la manufactura fueron determinantes los mecanismos internos del mercado (fuerza labo-

ral, salarios, precios, materias primas), y hasta cierto punto también las consecuencias de la política de libre comercio de la Corona española, con la apertura del mercado novohispano a otros productos europeos.<sup>4</sup>

Al contrario de la decadencia de las manufacturas de lana poblana, la industria algodonera de Puebla, que originalmente fue creada y controlada por el gremio de los tejedores de seda locales, se pudo expandir rápidamente en el siglo XVIII. A principios del siglo XIX, todavía pudo abastecer gran parte del mercado novohispano; a pesar de que en Oaxaca, la ciudad de México, Tlaxcala, Querétaro, Valladolid y Guadalajara también se procesaba el algodón para hacer mantas.<sup>5</sup>

En general, la producción textil novohispana –tanto en los obrajes, como en los talleres artesanales y en el trabajo a domicilio– había experimentado hacia fines de la época colonial un florecimiento considerable. Una expresión clara del crecimiento en el área textil era la amplia red de distribución de su producción que había establecido esta rama. En la literatura sobre el tema se ha indicado con insistencia que la circulación de textiles en el ámbito económico novohispano era más extensa y activa de lo que comúnmente se suponía. Los movimientos comerciales no estaban limitados a una región, sino que eran sumamente dinámicos y abarcaban toda la Nueva España: el Bajío proveía los mercados del norte (Coahuila); Puebla y Querétaro, San Miguel y Acámbaro entregaban textiles a Durango y Sonora; Guadalajara era comprador de telas de Puebla, Tlaxcala, México y Querétaro.

Varios factores contribuyeron al auge de la producción textil en la Nueva España (Florescano 1965: 70-78). Por un lado, las leyes comercia-

4 Salvucci (1982a, especialmente cap. 5). La decadencia de las manufacturas de lana de Puebla ya había comenzado a mediados del siglo XVII (en 1634 fue prohibido el comercio intercolonial entre Nueva España y Perú); en los siglos XVIII y XIX los textiles de lana de Puebla ya sólo tenían una importancia marginal, mientras que los obrajes de Tlaxcala y los talleres de Querétaro, Celaya, León y Guadalajara se habían hecho cargo de la parte principal de la producción. Sobre las consecuencias de la prohibición del comercio entre las colonias, véase Israel (1975: 191-197). Para un resumen sobre el desarrollo de las manufacturas textiles novohispanas, véase también Colón Reyes (1982: 17-55).

5 Una síntesis informativa sobre la historia de la manufactura textil en Puebla durante el periodo colonial (la época del México independiente sólo se toca brevemente), se encuentra en Bazant (1964). Este autor hace hincapié especialmente en los aspectos de la organización de las diferentes ramas textiles (lana, algodón, seda). Sobre los obrajes de lana en Puebla en los siglos XVI y XVII (tamaño promedio, empleados, telares, etcétera), véase Thomson (1978, I: 129-133; 1986: 169-202).

les y fiscales españolas, que reservaban a unas cuantas casas comerciales andaluzas el monopolio comercial con las colonias, encarecían las mercancías transportadas de ultramar, de tal modo que sólo eran accesibles para el estrecho estrato de la élite social colonial, mientras que la masa de la población necesariamente tenía que recurrir a las telas de lana y algodón más baratas producidas en el país. Por otra parte, sobre las mercancías importadas no sólo había que pagar los impuestos de venta (alcabalas) en el puerto de entrada, sino otros impuestos que se recaudaban en cada lugar de transbordo en el interior del país, mientras que las telas de algodón elaboradas por los indios estaban exentas de impuestos (Quintana 1957). Para estas telas, no había que pagar los gastos tan elevados de transporte ni las ganancias de los intermediarios, ya que generalmente se producían para el mercado local. Muchos trabajadores se dedicaban a la producción textil artesanal, pues en la meseta central y en las ciudades no encontraban su sustento en otros sectores de la economía (minería, agricultura); los textiles producidos a domicilio o en pequeños talleres de manufacturas le garantizaban a este sector de la población su supervivencia. Además, la existencia de las materias primas necesarias (lana y algodón), contribuyó a la prosperidad de la producción textil. Debido a que los gastos elevados del transporte y la calidad relativamente mala de la lana dificultaban considerablemente su exportación a España, estas materias primas tenían que transformarse dentro del país (López Cámara 1962). Finalmente, las guerras napoleónicas provocaron la interrupción casi total de las relaciones comerciales entre la Nueva España y la metrópoli; motivo por el cual cobró mayor importancia el autoabastecimiento de bienes de consumo. Querétaro, Valladolid, San Miguel y Acámbaro se convirtieron en los centros principales de las manufacturas de lana; Puebla, Oaxaca, la ciudad de México –y posteriormente Guadalajara– eran los sitios más importantes para la elaboración algodonera. Cálculos prudentes hablan de 60.000, otros de más de 90.000 personas empleadas en la producción textil. En el año de 1810 existían por lo menos 11.400 telares en talleres artesanales y aproximadamente 500 en obrajes.<sup>6</sup>

Este desarrollo positivo del gremio textil en el virreinato de la Nueva España sufrió una interrupción repentina en la década de las luchas por la

6 González Angulo (1983: 48-49). Véanse también las diferentes indicaciones en Florescano/Gil (1973), así como el resumen en González Angulo/Sandoval Zaranz (1980: 173-238, especialmente, pp. 184-192). El artesanado poblano y las manufacturas de Puebla en la segunda mitad del siglo XVIII han sido descritos por Liehr (1971: 13-23).



independencia; a tal grado que puede decirse que marchó en sentido contrario. Tres factores fueron los responsables de esta recesión:<sup>7</sup>

- a) A partir de 1810 huyeron del país muchos españoles ricos, quienes temían por su seguridad tanto física como comercial. Los comerciantes españoles eran los que habían invertido su capital en la organización de la producción textil, habían adelantado préstamos a los campesinos algodoneros de Veracruz y Oaxaca, habían financiado el difícil transporte de la materia prima a Puebla y habían hecho posible la comercialización de los textiles de algodón, con su capital comercial. Aunque los cálculos sobre el capital extraído de Nueva España después de 1810 difieren enormemente unos de otros, coinciden en que la expatriación de muchos millones de pesos significó para la economía colonial un serio retroceso.
- b) El mercado novohispano durante la época colonial estuvo cerrado en general a la competencia extranjera (si se prescinde del contrabando, que era ciertamente considerable); por lo tanto, estaba abierto básicamente a la producción interna. Cuando España no pudo mantener las relaciones comerciales con su colonia, como consecuencia de las guerras napoleónicas, permitió a partir de 1804 el comercio neutral de los Estados Unidos con el puerto de Veracruz. La consecuencia imprevista de esta apertura fue una inundación del mercado novohispano con textiles extranjeros baratos, que empezaron a desplazar los productos nacionales. En el año de 1809 el gobierno español revocó el permiso de comercio para las potencias neutrales; sin embargo, no pudo evitar que siguieran entrando manufacturas baratas (ahora sobre todo de procedencia inglesa) a la Nueva España.<sup>8</sup>
- c) Desde el inicio de la guerra de independencia, la economía sufrió la presión de las operaciones militares, a causa del reclutamiento de tra-

7 Fuentes importantes son: Archivo Histórico de Hacienda (1943-1944); como resumen, Florescano (1965: 70-78), y Potash (1959: 20-26).

8 Que las condiciones internas, tanto políticas como socioeconómicas, facilitaron la entrada de mercancías del extranjero durante la década de las guerras de independencia, se comprueba en una estimación de José María Quirós, secretario del Consulado de comercio de Veracruz del año 1817: "Los que en la actualidad están haciendo el comercio con las Américas son los extranjeros: suyas son en la mayor parte los efectos que vienen, en los pocos registros que se salvan, procedentes de la Península; a ellos se les han abierto todas las puertas de la mar del Norte y del Sur de estas regiones" (Quirós 1817: 23).

bajadores en alguno de los dos ejércitos; por la interrupción de las vías de transporte (sobre todo entre la región de cultivo del algodón en la costa veracruzana y la ciudad de su elaboración, Puebla); también a causa de la destrucción originada por la guerra y por la paralización de casi todas las actividades productivas.

Las consecuencias sociales de estos factores, sumamente desfavorables para la producción textil de Nueva España, fueron múltiples: por un lado, consistieron en una depravación del artesanado; por otro, en un considerable aumento de desempleados en el sector textil —y de hecho ya desde antes de la proclamación de la independencia, con su credo liberal económico—. Ya en 1793, después del decreto sobre “Libertad de comercio”, fuentes novohispanas habían mencionado la ruina de los trabajadores autóctonos como resultado de la competencia de las mercancías europeas. En un reporte al virrey Revillagigedo se decía:

No deja duda que el haberse destruido el Gremio del arte mayor extinguiéndose enteramente esta industria, consiste en el bajo precio a que los ha puesto la abundancia que proporciona el grande aumento que ha tenido el comercio, principalmente desde que se declaró libre para la América, y como los precios no siguen otra regla que la de la abundancia o escasez, siempre que ésta se experimentase revivirá la industria para suplir la falta. Mientras la metrópoli no se halle en estado de surtir completamente a sus colonias, considero que lejos de ser un mal, sería un bien para el estado, para la Nación y su comercio, que estas contribuyesen a su surtimiento en parte de los que se recibe del extranjero.<sup>9</sup>

Juan López Cancelada anotaba en 1811, en su folleto en contra de la libertad de comercio de Nueva España con extranjeros, “Ruina de la Nueva España si se declara el comercio libre con los extranjeros”, un cálculo instructivo: de los 74.700 europeos que (según sus estimaciones) vivían en la

9 Cita de Ortiz de la Tabla Ducasse (1978: 338). Ward (1828/1829, I: 422-423) presenta un ejemplo claro de los precios no competitivos de la producción textil novohispana antes de iniciarse el movimiento de independencia: un sarape, que en Saltillo o Querétaro se vendía entre 18 y 24 pesos, hubiera costado a lo sumo de ocho a diez dólares, si se hubiese confeccionado al mismo tiempo, por ejemplo en Glasgow (en donde el precio incluía todos los gastos de embarque y seguro hasta el consumidor final en el altiplano mexicano, así como cierta utilidad para todos los participantes en la producción y el comercio). Ward también indica las desventajas de la población del norte de México, ya que como consecuencia de la concentración de las manufacturas y de los comerciantes en la capital o sus alrededores (México, Puebla, Querétaro), la mercancía se encarecía considerablemente a causa de diversos impuestos y derechos hasta que llegaba al consumidor final en los lugares más remotos de la Nueva España.

Nueva España, la mayoría consumía artículos importados de ultramar; por el contrario, las mujeres usaban también rebozos mexicanos de Sultepec y Temascaltepec, así como otros artículos de las manufacturas novohispanas. De los criollos, que sumaban poco más de un millón, más de un tercio se vestía de las “fábricas” del país; sin embargo, 350.000 rancheros ricos recurrían a telas importadas españolas e inglesas. Los 2.320.000 indígenas no consumían textiles extranjeros, aun cuando eran baratos; se vestían exclusivamente con productos hechos por ellos mismos (chomit, quisquemel, bayeta, lampote, sabanilla, chapaneco, ayate, manta, etcétera). Los que más sufrieron bajo el libre comercio fueron los 2.595.000 miembros de las castas, quienes trabajaban como artesanos, ya que la competencia extranjera arruinaba sus lugares de trabajo, entre otros, las manufacturas de Querétaro, Acámbaro, Cholula, Aguascalientes, La Quemada y Puebla. Además, las importaciones extranjeras afectaban aproximadamente a un millón de indígenas, quienes se dedicaban a la elaboración de textiles en los pueblos cercanos a Celaya, Querétaro o Tlaxcala.<sup>10</sup>

Exacto material cuantitativo no puede conseguirse ni para la fase final de la época colonial, ni para los primeros años de la independencia. Sin embargo, es necesario mencionar un aspecto importante: antes de alcanzar la independencia –y con ella la libertad de comercio– las consecuencias de la importación de textiles de Europa, tanto legal como ilegal, representaban un serio problema para la sociedad mexicana. Era de esperar que la apertura de los puertos del Atlántico y del Pacífico tendría como resultado la potencialización de los problemas.

### 3. La apertura de las esclusas: cambio en la moda y en el gusto

Antes de la revolución las calles de la capital estaban ocupadas por un tipo de lazarillos desnudos, cuyo número ascendía a casi 20.000 y quienes eran la vergüenza y la perdición de todos los lugares públicos. Esta clase ha desaparecido casi por completo. El vestido se ha generalizado de tal forma, que nadie se presenta sin él [...] Las mercancías manufacturadas locales compartían el destino de las españolas: poco a poco salieron de uso, ya que a los mexicanos les parecía que uno podría tener mucho mejores cosas por un precio mucho más bajo, y pronto aquéllas desaparecerían por completo. Querétaro se mantiene aún por un contrato con el gobierno para vestir al

10 López Cancelada (1811: 10-13). Ya a mediados del siglo XVIII, Villa Sánchez (1835) estimaba que el 60% del vestido de la población blanca de Puebla era mercancía importada desde fuera del imperio español.

ejército; pero las hilanderías de algodón en la Puebla y en otras ciudades del interior, se han visto obligadas a dirigir su industria hacia otros puntos [...] Esto no sólo no es lamentable en un país tan escasamente poblado, sino puede considerarse como muy ventajoso; algunas pocas ciudades sufrirán primero con este cambio; sin embargo, habrá de acarrear ventajas generales para el país, así como para el manufacturero extranjero, quien no sólo podrá contar con el envío de regreso de materias primas valiosas, sino también verá incrementada la demanda de mercancías europeas en la misma proporción en la que disminuye el valor de los productos de lana y algodón hechos en el país, el cual antes de la revolución ascendía a diez millones de dólares al año en promedio (Ward 1828/1829, I: 193-195).

Con respecto a las consecuencias inmediatas de la inundación de los mercados latinoamericanos con textiles europeos, existe desde hace años una controversia en parte abierta, en parte velada, entre los seguidores y los opositores de la “teoría de la dependencia”. La problemática de esta discusión está, por un lado, en que generalmente conduce a dimensiones globales —referidas a todo el continente latinoamericano—; por otro lado, los puntos de vista muestran un grado de generalidad que hace difícil aplicar sus aserciones como hipótesis de partida fértiles para ser aplicadas a un caso concreto. D. C. M. Platt hizo la observación de que uno de los conceptos centrales de los teóricos de la dependencia —“imperialismo económico”— tiene poca utilidad como categoría analítica: “Business imperialism is an elusive concept in which emotion substitutes for reason, theories for facts, politics for history” (Platt 1977: 1).

Según la opinión de Platt, sólo las manufacturas de algodón y lana, trabajadas por monopolistas españoles durante la época colonial, o sea, los obrajes, resentían “el frío viento de la competencia”, mientras que los artesanos seguían satisfaciendo la mayor parte de las necesidades de vestido de la población latinoamericana. Por lo tanto, fue mucho más el desarrollo de una producción mecanizada (en México) que la consecuencia de importaciones europeas, lo que condujo al desempleo de los artesanos locales. La conclusión de Platt señala que las manufacturas importadas sólo estaban al alcance de unos pocos, mientras que la gran mayoría de la población seguía usando los productos de los fabricantes locales hasta bien entrado el siglo XIX.<sup>11</sup>

11 Platt (1972: 8-12, cita 12). Sobre las consecuencias de la producción fabril para los artesanos locales, el liberal Guillermo Prieto ya había aportado indicaciones en 1850, en las cuales resaltaba además que la decadencia de los artesanos tenía como consecuencia un “divorcio” entre los blancos, que poseían las nuevas fábricas, y los indios, cuya producción casera sufría daños (Prieto 1850: 397).

El intento tanto de verificar como de falsear con ejemplos concretos las posiciones contrarias, enfrenta grandes dificultades. Ya se hizo la observación de que las estadísticas comerciales son incompletas e inexactas. No existen estudios sobre el comercio interior mexicano que pudieran aclarar cómo se diseminaron las mercancías importadas. Prácticamente toda el área de la estructura interior del comercio en el siglo XIX mexicano es una gran laguna de la investigación. A falta de estadísticas claras, hay que recurrir a fuentes menos confiables, como reportes de viajes y de testigos oculares. La problemática de este tipo de fuentes es clara: el viajero anotaba sus observaciones en forma selectiva, apuntando sus impresiones casuales. El historiador depende en cierto grado de la subjetividad del autor y sin querer se apropia de su punto de vista. Se vuelve más confiable la literatura de viajes como fuente, cuando pueden compararse distintos reportes de una misma época. Éste es el caso referente al asunto de la diseminación de mercancías europeas en el México independiente; sin embargo, las impresiones plasmadas en la literatura de viajes, en las primeras geografías o en memorias son, como se muestra en los siguientes ejemplos, contradictorias y no permiten conclusiones precisas.

Uno de los primeros comentarios sobre la difusión y la trascendencia económica de las importaciones europeas en la vida cotidiana de un mexicano, puede verse en el diario del capitán británico Basil Hall. Poco después de la declaración de independencia del país, viniendo de Chile, desembarcó en la costa del Pacífico, precisamente en Tepic, donde entró en contacto con los habitantes del lugar. A su pregunta de cómo vería el mexicano la importancia del comercio libre, recibió la siguiente respuesta: “Mi opinión del libre comercio se basa en esto: antes pagaba nueve dólares por esta pieza de tela de la cual está hecha esta camisa; ahora pago dos” (Hall 1825, II: 189). Sin duda, esta opinión exagera la diferencia en los precios, sin embargo, es irrefutable que para los mexicanos bajaron continuamente los costos de las importaciones europeas. Albert Imlah calculó que los precios de exportación de hilos y telas de algodón británicos cayeron, entre 1816/18 y 1849/51, en un promedio de 72%; en la industria lanera la reducción del precio fue del 63% (Imlah 1950: 183). Se ha demostrado que las disminuciones de precios, ya en los años veinte del siglo XIX, tuvieron repercusiones en México. ¿En cuánto afectaban al “mexicano promedio” las importaciones, que se habían facilitado considerablemente? En 1826, G. F. Lyon observaba en su viaje a través del país: “La vestimenta ricamente pintoresca de ambos sexos se está perdiendo ahora, y la moda europea

generalmente prevalece en las principales ciudades” (Lyon 1828, II: 233). Está claro que las mercancías de importación europeas no sólo encontraban compradores entre el estrato alto de los mexicanos. Lyon continúa:

El pobre indígena ahora encuentra a su alcance y dentro de su poder de compra, los lujos y comodidades que antes le impedía su pobreza; y la abundancia y economía de telas inglesas, vestido y ornamentos, ahora lleva a los nativos a percibir que hay otras naciones poderosas además de la de sus conquistadores perseguidores (Lyon 1828, II: 197).

El comentario de Lyon, referente a que los pintorescos vestidos de los mexicanos poco a poco iban desapareciendo, se subraya en un folleto anónimo, publicado en México en 1832 bajo el título *Los extranjeros y los aventureros*. El autor instaba a sus compatriotas a dejar las costumbres tradicionales de vestir y seguir el ejemplo extranjero. Desde el punto de vista económico, era conveniente usar ropa nueva para colaborar a la prosperidad de las fábricas textiles recién establecidas. Socialmente, la nueva vestimenta sería recomendable, porque el traje típicamente mexicano, “a través de las diferencias en el vestido manifestaba la desigualdad de las condiciones”, lo que en un régimen republicano tendría que ser más bien rechazado.<sup>12</sup> Aproximadamente al mismo tiempo, la South American and Mexican Association, como organización que velaba por los intereses de los empresarios británicos que comerciaban con México, registraba, con gran satisfacción, que “entre los nativos se ponía de moda el gusto por las manufacturas europeas”; pero la expansión del comercio inglés en México se veía dificultada por las amenazas bélicas de España, que se preparaba para una reconquista de la que fue su colonia más rica. La Association propugnaba insistentemente que el gobierno británico terminara, por el bien del comercio inglés, con la política revanchista española.<sup>13</sup>

Algunos años antes, el encargado de negocios británico Henry G. Ward, como Hall, Lyon, Maclure y otros, había resaltado el cambio que llamaba la atención en las calles de las ciudades y en los distritos mineros; Ward suponía que la apertura de los puertos americanos llevaría en un futuro próximo a un aumento del consumo de mercancías de manufactura

12 *Extranjeros* (1832). Sobre los diferentes trajes, según la pertenencia a una clase social y al color de la piel, véase el estudio antropológico de Moreno Navarro (1973). Sobre el “vestido” de las clases bajas en la época colonial, véase Martín (1972).

13 William Thompson (presidente de la asociación) a Aberdeen, Londres, 19 de abril de 1830, Public Record Office (en adelante PRO), Foreign Office (en adelante FO) 50/64, pp. 213-218.

européa por los pueblos, que hasta ahora habían “estado al margen de la civilización”: “No hay mejor prueba de ello que el cambio que yo mismo he observado en dos años en las costumbres y la apariencia de las clases bajas en México” (Ward 1828(1829, I: 56).

La “europeización” de México se manifestó no sólo en la adopción ávida de las modas más recientes por parte de los criollos —una actitud de imitación, cuya inducción fue estigmatizada como “imperialismo cultural” por los teóricos de la dependencia (James D. Cockcroft)—, sino en muchas otras manifestaciones de la vida pública.

En 1824, en un reporte alemán sobre México, se sostenía la opinión de que en breve la capital se equipararía plenamente a una ciudad europea (Schramm 1950: 56). La silla de montar inglesa se imponía cada vez más entre los numerosos jinetes (Latrobe 1970, I: 151; Calderón de la Barca 1982: 173). Los medallones y las cruces que pendían de cadenas portadas por muchos mexicanos se fabricaban en Gran Bretaña (Carpenter 1851: 239). Se abrieron nuevos negocios y cafés, frecuentemente establecidos por franceses o decorados al estilo francés (Rivero 1844: 209; Calderón de la Barca 1982: 306, 469). Por la influencia de los europeos la cocina mexicana experimentó “cambios muy notorios” (Rivero 1844: 210), se importaron carruajes de los Estados Unidos y de Gran Bretaña que transformaron la imagen de las calles (Calderón de la Barca 1982: 47, 64, 161). El ajuar de las casas de los mexicanos ricos se asemejaba al europeo, sobre todo al francés (Calderón de la Barca 1982: 178, 299). Hasta en las ciudades de provincia podían observarse cambios. En relación con Sonora y Sinaloa, por ejemplo, se ha resaltado el hecho de que la apertura de los puertos occidentales para el comercio exterior fue el estímulo más importante para la expansión económica de la región y para la expansión de la vida urbana (Voss 1982: 48). Los reportes de los contemporáneos hacen aparecer comprensible el que pronto se formara un movimiento de oposición contra un dominio extranjero a tal grado masivo, y que el nacionalismo (económico) y la xenofobia encontrarán un terreno fértil.

Los mismos europeos residentes en México constituían parte de los consumidores más ávidos de todos los bienes provenientes del Viejo Mundo. Estimulaban con su ejemplo, sobre todo entre los mexicanos de clase media, la demanda de bienes europeos. El investigador William Bullock, quien en 1824 viajó durante seis meses a través del país, pudo observar en Veracruz cómo el estilo de la ropa de una dama inglesa que acababa de desembarcar en el puerto cundía “rápidamente por las casas más res-

petadas de la ciudad” y era imitado inmediatamente (Bullock 1825, I: 84). Pocos años después, William Maclure registraba y criticaba el cambio en las costumbres del vestido y hacía resaltar cómo se había transformado tan radicalmente en el curso de unos pocos años la estampa general:

Two years ago [...] all the women were dressed in dismal black, of the same cut and shape as if cast all in the same mould. Now London or Paris do not exhibit more variety of color and shape, in the dresses of both sexes [...] Things change with every batch of milliners, merchants, and tailors, etc. that arrive from the four corners of the civilized world (Maclure 1831-1838, I: 253, 328).

Diez años más tarde (1843-1844) el comportamiento de la clase alta en México dejaba en un observador viajero la impresión de que se encontraba en una ciudad europea.

The most fashionable and wealthy circles of Mexican ladies are not only very tasty, but extravagant in dress, following, in the main, all the varieties and change of pattern, as practised at the fountains of fashion in Paris; for the city of Mexico is well supplied with French milliners, both men and women (Gilliam 1847: 98).

Aun cuando Maclure, a principios de la década de 1830, hacía hincapié en el cambio de las costumbres en el vestir, indicaba por otro lado, con igual claridad, que entre la mayor parte de la población no había habido cambio alguno:

The Indians, constituting four fifths of the population, have always manufactured their own clothes, and do so still: the greatest part of the luxuries of the rich, has always been imported from Europe, and are so yet (Maclure 1831-1838, I: 383).

La consecuencia social de las conductas —de libre elección o no, es algo que no puede profundizarse más en este estudio— de los indios, por un lado, y de los criollos, por el otro, fue un desarrollo continuo en direcciones opuestas entre la ciudad y el campo. Mientras que en las ciudades, debido a la importación de mercancías europeas y la presencia de europeos, aparentemente se efectuó un cambio considerable en las costumbres de vestido, actitudes de consumo, estilo de vida y orientación del gusto de la clase media y alta (según algunos observadores también de la clase baja), entre los indios y los mestizos dispersos en innumerables pueblos se conservaron mucho más las tradiciones. Casi todas las descripciones de viaje de aquellos años destacan la marcada diferencia entre la cultura cotidiana de la ciudad y la del campo. También las descripciones de agudos testigos



oculares que observaron por un tiempo más prolongado, ya que vivían en el país, confirman esta impresión. Fanny Calderón de la Barca, la esposa escocesa del primer ministro español en México, por ejemplo, observó en sus numerosas excursiones a través del país que, a guisa de ejemplo, los vestidos de las campesinas de Puebla generalmente eran de una “tela negra y roja, producida por los obreros locales”, mientras que en la ciudad se observaba de un año al otro, en los bailes de la clase alta, “una mejora considerable en la ‘toilette’” (de estilo europeo) (Calderón de la Barca 1982: 57, 354). Similares son las observaciones de Burkart (1836, I: 157), hechas algunos años antes:

Así también ahora y en la capital y en las ciudades más grandes de los Estados Unidos de México, el vestido de las clases altas es totalmente a la europea; en las ciudades pequeñas y en el campo, al contrario, se ve todavía la vestimenta tradicional.

Para poder mantener el estilo de vida europeo entre los criollos, los extranjeros establecieron una infraestructura ampliamente ramificada de negocios y de servicios:

Though everything must still be comparatively dear, the *bad times* have caused a great reduction in prices; and dear as all goods are, they would be still dearer, were it not for the quantity that is smuggled into the republic. There are an amazing number of French shopkeepers; French tailors, hatters, shoemakers, apothecaries etc.; but especially French modistes and perruquiers. The charges of the former are exorbitant, the latter are little employed except by gentlemen. There are also many Spanish shops, some German, and a few English; but I think the French preponderate (Calderón de la Barca 1982: 523).

Eduard Mühlenpfordt, de Hannover, quien vivió de 1827 hasta 1835 en México y estuvo a cargo de la dirección de la Mexican Mining Company y de la construcción de caminos del estado de Oaxaca, en su voluminoso *Versuch einer getreuen Schilderung der Republik Mexiko* describió detalladamente las costumbres del vestido en el país, diferenciándolas por clases y regiones, contrastando lo nuevo y lo tradicional. Sus observaciones minuciosas confirman básicamente el cuadro presentado hasta ahora. También Mühlenpfordt resalta que “el vestido de los indios [...] casi siempre era fabricado por el portador”, y “en muchas regiones, el vestido de las indígenas parece haber sufrido cambios aún menores desde las épocas de Moctezuma, que el de sus hombres”. La diferencia con los criollos era visible:

Los trajes de los criollos, como en general los de las clases más altas de la población de México, sufrieron un cambio total, desde que el país es libre

[...] Pronto comenzó a tener efecto el ejemplo de los muchos extranjeros que afluían a México de todas partes, en el gusto de los mexicanos; el comercio libre hizo llegar manufacturas europeas y artículos de moda en cantidades; y los precios relativamente bajos, los hacían atractivos para su compra; sastres y modistas europeos, principalmente franceses, se establecieron en todas las ciudades más grandes del país, y después de sólo pocos años se veían a las damas y caballeros, también en ciudades más pequeñas, completamente vestidos de acuerdo a la última moda parisina o londinense.<sup>14</sup>

A pesar de que la ropa y su mantenimiento eran considerablemente caros, “los mexicanos de las mejores posiciones” daban mucha importancia a que su apariencia fuese siempre impecable.

Que en las clases medias se encuentre este lujo de ropa en menor medida y en la clase baja no se encuentre, del todo se entiende por sí mismo. Las clases medias y bajas de la población, sobre todo los mestizos, son más fieles a sus antiguos trajes que las más altas, y entre ellas se ve sólo excepcionalmente moda europea (Mühlenpfordt 1969: 220, 221, 265, 267).

Del mismo modo, a mediados de siglo, nada había cambiado en relación con las enormes diferencias sociales que se manifestaban en el vestido. El ministro residente de Prusia en México, Emil Karl Heinrich von Richthofen, indicó que las importaciones europeas debían limitarse a aquellos objetos

que pertenezcan a las necesidades de aquella pequeña parte de la población mexicana que tenga esas necesidades y que esté en condiciones de satisfacerlas. Como consumidor de artículos importados del exterior queda eliminada completamente la raza nativa indígena, la cual, de los siete millones de la población total de la república, asciende a más de cuatro millones; se alimenta únicamente de productos nacionales y se viste, si se puede decir vestido a algunos trapos que en la mayoría de los casos apenas sí cubren las partes vergonzosas y que se producen en el país, con telas que están protegidas por aranceles proteccionistas (Richthofen 1854: 351, 352).

Debido a que tanto la clase baja de la ciudad como la del campo apenas contribuyeron a la formación de un sistema mercantil, se impone la pregunta de cuán grande eran las clases alta y media que podían ser compradoras de mercancías extranjeras. El volumen del mercado preocupó comprensiblemente también a los británicos desde un principio, ya que de

14 El impacto del *Versuch* de Mühlenpfordt puede equipararse con la obra de Ward. Wilhelm Stricker tomó, p.ej., en su obra *Die Republik Mexico nach den besten und neuesten Quellen geschildert*, páginas enteras de la descripción de Mühlenpfordt (sin citarlas); véase p.ej. la descripción (¡copia directa!) del traje típico criollo (Mühlenpfordt 1969: 265-267; Stricker 1847: 115-116). También otras partes son plagios.

ello dependía la dimensión de su esperado negocio en Latinoamérica. En 1806 especulaba William Jacobs en un dictamen del Foreign Office:

It is certainly difficult to calculate the powers of consumption, which such a country possesses, but if we consider that unlike the people of Europe, they have few domestic manufacturers, that they are voluptuous and indolent, that provisions are so abundant as to require but a small portion of labour to obtain a sufficiency, and that the natural riches of the country is only to be expended in foreign articles of luxury we may fairly presume, that a greater quantity of British wares would be consumed there than is at present exported to all Europe [...]. It is the middle and lower classes in every country that are the great consumers, and by rendering our wares within their reach we should increase the consumption tenfold.<sup>15</sup>

La memoria de Jacobs, que fue de gran significancia para la política británica en Latinoamérica, se refería al problema del poder adquisitivo de una amplia masa de población, de la cual a fin de cuentas dependía la venta de las mercancías. De acuerdo con un cálculo francés de 1821, el consumo promedio de bienes importados en México ascendía a no más de 12 reales (1,5 pesos) por persona y por año durante el cuarto de siglo anterior a la declaración de independencia, mientras que el consumo de productos nacionales agrícolas y de tipo manufacturado era de 52 pesos. Sin embargo, con este cálculo también se llegó a la conclusión de que habían entrado de contrabando más bienes de los que se importaron legalmente, lo que tuvo como consecuencia la distorsión de la estadística.<sup>16</sup> En todo caso, se partía de un consumo muy limitado de la mayor parte de la población. Si se contrastan las diferentes fuentes de orden cualitativo y descriptivo, nuevamente aparecen considerables disparidades en los informes, las cuales dificultan cualquier intento de una cuantificación exacta. Una memoria británica de 1830, por ejemplo, indicaba que el consumo de mercancías británicas entre la clase media mexicana se percibía en considerable aumento, mientras que, por otro lado, no había alcanzado aún a la gran mayoría de la población.<sup>17</sup> En el mismo año, sin embargo, el cónsul general prusiano Koppe reportaba, con relación a las mantas importadas de Europa, que imperaba un “consumo increíble de este artículo en el interior

15 William Jacobs: *Memorial on the advantages to be obtained by Great Britain from a Free Inter-course with Spanish America*, 14-II-1806: PRO, FO, 72/90, fols. 90, 91-93.

16 Notes político-commerciales. Commerce de la Veracruz, 18 de abril de 1821, Archives Nationales, París (ANP), Affaires Etrangères, B III 452, sin paginación.

17 Memoria anónima del FO, 25-VIII-1830: PRO, FO, 50/77, fols. 285-287.

del país, sobre todo entre la gran masa de la población indígena”.<sup>18</sup> Por lo tanto, dos informantes que seguramente observaban detenidamente el mercado mexicano llegaron a resultados opuestos. Sólo la ampliación de la base de las fuentes que permitan datos cuantificables, puede solucionar tales contradicciones. Los siguientes datos pueden dar alguna pista.

Casi todos los observadores concuerdan en que en la primera mitad del siglo XIX la proporción de las clases alta y media de la población total mexicana era bastante reducida. En los reportes de viajeros se da noticia primeramente sobre el fenómeno más visible de la sociedad mexicana: acerca de los “estratos bajos”, presentes en todos lados, a saber, los mineros y campesinos, los vendedores ambulantes y los asalariados, los mendigos y léperos, etc. Se confronta su vida cotidiana con el estilo de vida de una pequeña y rica clase superior. Autores como Platt partieron también de una estructura de clases configurada en forma dicotómica para la descripción del mercado latinoamericano con respecto a la importación de bienes europeos. Sin embargo, parece ser que la porción de la clase media (sea ésta de la índole que sea) en el total de la sociedad, por lo menos en algunas partes del país, no era tan reducida (Di Tella 1973: 100-103). En el estado de Querétaro, por ejemplo, en el año de 1844 la clase superior y media urbana ascendía al 21% de toda la población no rural. A este 21% pertenecían (en primer lugar) rentistas (censualistas), abogados, médicos, la jerarquía eclesiástica, comerciantes con un ingreso promedio anual de más de 900 pesos; (en un segundo plano) empleados públicos y privados, dueños de fábricas grandes y pequeñas y de talleres con un ingreso anual promedio de entre 365 y 435 pesos; (en un tercer lugar) empleados del comercio y artesanos que ganaban anualmente entre 150 y 200 pesos. Este tercer grupo (7% del 21%), si no mostraba económicamente una diferencia demasiado grande con relación a la masa empobrecida de las clases bajas, sí lo hacía en su autoestima ideológica. Al considerarse parte de una clase distinta, su autopercepción determinaba su comportamiento en el consumo. Asimismo, su ingreso era algo superior que el ingreso per cápita promedio mexicano, el cual para 1845 se estimó en 56 pesos. Como referencia: en los Estados Unidos el promedio de ingreso per cápita era entonces de 274 pesos, en tanto que en Gran Bretaña alcanzaba 323 pesos (Coatsworth 1978: 82).

18 Koppe a la Secretaría de Relaciones de Prusia (Preußisches Außenministerium, PAM), México 24 de junio de 1830: Zentrales Staatsarchiv Merseburg (ahora Berlín, ZSAM), 2.4.I.II 5214, f. 192.

Los datos numéricos de otros lugares, para aproximadamente el mismo periodo, confirman la existencia de una clase media considerable. Para la población de Guadalupe, cerca de México, por ejemplo –la cual actualmente pertenece a la capital– se estimó para el año 1856 que la clase alta y la media constituían el 31% de la población total; también el puerto de Mazatlán, en Sinaloa, contaba en 1854 con una clase alta y media estimada del 31%. Para la ciudad de México puede determinarse, según el censo de 1849, un 26% aproximadamente de personas pertenecientes a los estratos medio y alto entre los adultos masculinos.<sup>19</sup>

Aparentemente, arriba de las clases bajas, que apenas contaban con un mínimo para sobrevivir, existía una clase media considerable, que por lo menos a mediados del siglo era más amplia que el sector sumamente pequeño de la clase alta privilegiada. Esta clase “media” de artesanos, tenderos, empleados, propietarios de talleres, así como (en el contexto rural) rancheros y arrendatarios, puede caracterizarse socioeconómicamente más bien por su estatus de incertidumbre que hacía aparecer extremadamente frágil su posición en la escala social, más que por su pobreza constante. Una parte considerable de esta clase media se hallaba, por lo menos potencialmente, entre los compradores de mercancías de importación extranjeras.

Los datos para Querétaro, México, Guadalupe y Mazatlán permiten considerar como probable que (por lo menos en estas poblaciones) entre el 21% y el 31% de la población eran compradores de mercancías de importación europeas. Si pudiera hacerse esta estimación para toda la población mexicana, resultaría que con una población estimada de aproximadamente siete millones, existiría una clase de consumidores potenciales de entre 1,5 y 2,2 millones. En 1826 el cónsul Dashwood estimaba que 1,5 millones de mexicanos compraban manufacturas europeas.<sup>20</sup> Más o menos al mismo tiempo, O’Gorman había estimado la población de San Luis Potosí, junto con los poblados circundantes, en 40.000 habitantes, de los cuales 15.000 eran consumidores de mercancías extranjeras. El cónsul general británico estimó, por lo tanto, una clase de compradores potenciales del 37,5%. Este cálculo seguramente es muy elevado, pero por otro lado deja ver que los observadores contemporáneos suponían

19 Este porcentaje probablemente deforma las proporciones reales, ya que el censo sólo registraba 120.000 habitantes (de probablemente aproximadamente 200.000) (Shaw 1979).

20 Dashwood a Canning, Xalapa, 31 de julio de 1826, PRO, FO, 50/28, f. 50.

en el contexto urbano una amplia clase de consumidores de mercancías importadas de Europa.<sup>21</sup>

Además de los antes citados, podrían mencionarse otros comentarios de las primeras décadas de la época independiente mexicana. Las observaciones no concuerdan en todos los puntos; sin embargo, muestran tantas coincidencias que, por lo menos, puede llegarse a tres conclusiones. La primera muestra a los criollos de las ciudades, junto con los europeos mismos, como los consumidores principales de mercancías europeas. Aparentemente, también una parte no tan pequeña de la clase media urbana pertenecía a los compradores de manufacturas importadas. La segunda conclusión es menos contundente: se refiere a la pregunta en qué medida los mestizos e indios también estaban en la situación económica y en la disposición mental de adoptar las nuevas costumbres en el vestido. La literatura deja en esta cuestión una impresión más bien ambigua. Sólo parece evidente que los textiles europeos y otras manufacturas para la clase media baja y la gran masa de la clase baja eran de importancia considerablemente menor que para los más ricos. Sin embargo, el hecho de que los textiles eran importados en grandes cantidades, de que las telas baratas de algodón representaban el volumen más grande dentro del grueso de los textiles importados y de que las mercancías importadas en general eran más baratas que los productos mexicanos, demuestra como muy probable —lo que también indican claramente algunos reportes de viajeros— que cantidades considerables de manufacturas europeas salían del círculo de los consumidores urbanos también hacia consumidores rurales (por ejemplo, en distritos mineros y centros agrarios). Finalmente, la tercera conclusión hace hincapié sobre el cambio en la moda y en el gusto en ciertos sectores de la sociedad mexicana después de la independencia del país y confirma la importancia (documentada ya exhaustivamente) que los comerciantes extranjeros otorgaban a la influencia en el gusto como condición para una expansión posterior de sus ventas (Herrera Canales 1977: 56-58).

Indudablemente, las importaciones del extranjero influían en la economía y sociedad de México. Desafortunadamente, no existen datos exactos (o tan sólo aproximados) que pudieran permitir una cuantificación de la dimensión de los daños económicos y sociales ocasionados entre los artesanos. Pero hasta hoy se ha mantenido la idea de que el gremio arte-

21 O'Gorman: Information regarding the Trade of Tampico obtained through a private channel in September 1824, Mexico, 1.º de marzo de 1825, PRO, FO, 203/3, f. 124.

sanal mexicano fue sacrificado a los intereses comerciales de las potencias extranjeras, que con ayuda del sector comercial de la burguesía mexicana pudieron penetrar en el mercado mexicano. Según esta interpretación, el artesanado no fue víctima de la revolución industrial, sino arrastrado por la corriente de manufacturas extranjeras, importadas después de 1821. En cierta manera, esta visión hace suyas las quejas de los artesanos de los años de 1820.

En Puebla, el artesanado entró en una severa crisis y la producción textil local decayó enormemente. En Durango, se quejaban tanto artesanos como comerciantes locales. Ahora bien: debido a que las importaciones legales en los primeros años de la independencia estaban considerablemente por debajo de los volúmenes de los primeros años de guerra, es de suponer que las constantes quejas de los artesanos después de 1821 reflejaban la precaria situación surgida en los diez años anteriores, y no eran necesariamente el resultado de la apertura de los puertos mexicanos a barcos y bienes extranjeros. Esta suposición se confirma por fuentes extranjeras. De acuerdo con un reporte francés de 1821, la decadencia de las manufacturas locales mexicanas en esa época ya estaba muy avanzada y se debía aparentemente a la importación de textiles de Asia, a través de Acapulco, que había aumentado enormemente desde la “regulación de libre comercio”.<sup>22</sup>

En todo caso, la crisis del artesanado se hizo plenamente notoria durante los primeros años de la independencia. Aunque podía atribuirse a varias causas que en corto plazo no podían ser alteradas, la coincidencia de los síntomas de la crisis y de la independencia nacional llevó a la convicción, ampliamente difundida entre los círculos artesanales, de que la política liberal de la República y la irrupción de productos extranjeros tenían la culpa de su miseria. De ahí surgió, muy tempranamente ya, la reivindicación de promulgar prohibiciones de importación para proteger la producción nacional. La alternancia entre una política comercial liberal y conservadora, con aranceles bajos y elevados, respectivamente, sería una característica de las primeras décadas de la independencia mexicana.

---

22 Notes politico-commerciales. Commerce de la Veracruz, 18 de abril de 1821, Archives Nationales, París (ANP), Aff. Etr. B. III, f. 452.

## Siglas de archivos

ANP	Archives Nationales (París).
PRO, FO	Public Record Office, Foreign Office (Londres).
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México (México, D.F.), Fondo Reservado, Fondo Universidad, caja 1-92.
ZSAM, PAM	Zentrales Staatsarchiv Merseburg (ahora Berlín), Preußisches Außenministerium.

## Bibliografía

- ARCHIVO HISTÓRICO DE HACIENDA (1943-1944): *Archivo Histórico de Hacienda. Colección de Documentos*. Tomo 1 (1943): *La libertad del comercio en la Nueva España en la segunda década del siglo XIX*. Introducción por Luis Chávez Orozco. Tomo 2 (1944): *Comercio extranjero por el puerto de San Blas en los años 1812 a 1817*. Introducción por Joaquín Ramírez Cabañas. Tomo 3 (1944): *Relaciones estadísticas de Nueva España de principios del siglo XIX*. México, D.F.: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Dirección de Estudios Financieros.
- ARCILA FARIAS, Eduardo (1974): *Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España*. 2 vols. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública.
- BANCO DE AVÍO (1835): *Informe y cuentas: que el Banco de Avío presenta en cumplimiento de lo prevenido en el artículo 9.º de la ley de 16 de octubre de 1830*. Redactado por el ciudadano Victoriano Roa, secretario interino de la Junta directiva del mismo Banco. México.
- BARRIO LORENZOT, Francisco del (coord.) (1920): *El trabajo de México durante la época colonial. Ordenanzas de gremios de La Nueva España*. México, D.F.: Dirección de Talleres Gráficos.
- BAZANT, Jan (1964): “Evolución de la industria textil poblana (1544-1845)”. En: *Historia Mexicana*, 13, 4, pp. 473-516.
- BECHER, Carl C. (1834): *Mexico in den ereignißvollen Jahren 1832 und 1833*. Hamburg: Perthes.
- BRADING, David A. (1971): *Miners and Merchants in Bourbon Mexico 1763-1810*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BULLOCK, William ([1824] 1825): *Six Months' Residence and Travels in Mexico. Containing Remarks on the Present State of New Spain, its Natural Productions, State of Society, Manufactures, Trade, Agriculture, and Antiquities, etc.* 2 vols. London: John Murray.
- BURKART, Joseph (1836): *Aufenthalt und Reisen in Mexico in den Jahren 1825 bis 1834*. 2 vols. Stuttgart: Schweizerbart.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Frances ([1843] 1982): *Life in Mexico*. Berkeley: University of California Press.
- CARPENTER, William W. (1851): *Travels and Adventures in Mexico in the Course of Journeys of Upward of 2500 Miles, Performed on Foot. Giving an Account of the Manners and Customs of the People, and the Agricultural and Mineral Resources of that Country*. New York: Harper & Brothers.
- CARRERA STAMPA, Manuel (1953): “Las ferias novohispanas”. En: *Historia Mexicana*, 2, 3, pp. 319-342.



- (1954): *Los gremios mexicanos: La organización gremial en Nueva España, 1521-1861*. México, D.F.: Edición y distribución Ibero Americana de Publicaciones.
- (1955): “La feria de Jalapa. 1720-1778”. En: *Revista de la Universidad Veracruzana*, 4, 2, pp. 63-71.
- (1961): “El Obraje Novohispano”. En: *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, 20, 2, pp. 148-171.
- CHÁVEZ OROZCO, Luis (coord.) (1936): *El obraje, embrión de la fábrica. (Documentos para la Historia Económica de México, vol. 11.)* Con una introducción de José María González. México, D.F.: Secretaría de la Economía Nacional.
- (1938): *Historia económica y social de México. Ensayo de interpretación*. México, D.F.: Botas.
- (1947): *Historia de México: 1808-1836*. México, D.F.: Patria.
- (coord.) (1977): *La agonía del artesanado mexicano*. México, D.F.: Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero (CEHSMO).
- CHÁVEZ OROZCO, Luis/FLORESCANO, Enrique (coords.) (1965): *Agricultura e industria textil de Veracruz: siglo XIX*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- COATSWORTH, John H. (1978): “Obstacles to Economic Growth in Nineteenth-Century Mexico”. En: *American Historical Review*, 83, pp. 80-100.
- COLÓN REYES, Linda Ivette (1982): *Los orígenes de la burguesía y el Banco de Avío*. México, D.F.: El Caballito.
- CUÉ CÁNOVAS, Agustín (1959): *La industria en México (1521-1845)*. México, D.F.: Centenario.
- (1960): *Historia Social y Económica de México (1521-1854)*. México, D.F.: Editorial Trillas.
- DI TELLA, Torcuato S. (1973): “The Dangerous Classes in Early Nineteenth Century Mexico”. En: *Journal of Latin American Studies*, 5, 1, pp. 79-105. Ed. en español (1972): “Las clases peligrosas a comienzos del siglo XIX en México”. En: *Desarrollo Económico*, 12, 48, pp. 761-791.
- EMBAJADA DE MÉXICO EN ESPAÑA (1949-1968): *Relaciones Diplomáticas Hispano-Mexicanas (1839-1898)*. 4 vols. México, D.F.: El Colegio de México.
- EXTRANJEROS (1832): *Los extranjeros y los aventureros*. México, D.F.: Documento del Fondo Reservado de la UNAM, Fondo Universidad, caja 1-92, varios.
- FLORESCANO, Enrique (1965): “Estudio preliminar”. En: Chávez Orozco, Luis/Florescano, Enrique (coords.): *Agricultura e industria textil de Veracruz: siglo XIX*. Xalapa: Universidad Veracruzana, pp. 29-99.
- FLORESCANO, Enrique/GIL, Isabel (coords.) (1973): *Descripciones económicas generales de Nueva España, 1784-1817*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Depto. de Investigaciones Históricas, Seminario de Historia Económica.
- GILLIAM, Albert M. (1847): *Travels in Mexico, during the Years 1843 and 44; including a Description of California, the Principal Cities and Mining Districts of that Republic; the Oregon Territory, etc.* Aberdeen: George Clark.
- GONZÁLEZ ÁNGULO, Jorge (1983): *Artesanado y ciudad a finales del siglo XVIII*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ ÁNGULO, Jorge/SANDOVAL ZARANZ, Roberto (1980): “Los trabajadores industriales de Nueva España, 1750-1810”. En: Florescano, Enrique (coord.): *De la Colonia al imperio*. México, D.F.: Siglo XXI, pp. 173-238.

- GREENLEAF, Richard E. (1967): "The Obraje in the late Mexican Colony". En: *The Americas*, 23, 3, pp. 227-250.
- HALL, Basil (1825): *Extracts from a Journal, Written on the Coasts of Chili, Peru and Mexico, in the Years 1820, 1821, 1822*. 2 vols. Edinburgh: Archibald Constable.
- HERRERA CANALES, Inés (1977): *El comercio exterior de México 1821-1875*. México, D.F.: El Colegio de México.
- (1982): *Estadística del comercio exterior de México (1821-1875)*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- HORROROSA CRUELDAD (1826): "Horrorosa crueldad del obraje de Posadas". [*El Observador*] México: Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés.
- HUMBOLDT, Alexander von (1985): *Ensayo político sobre el reino de La Nueva España*. 4 vols. México, D.F.: Porrúa.
- IMLAH, Albert M. (1950): "The Terms of Trade of the United Kingdom, 1798-1913". En: *Journal of Economic History*, 10, pp. 170-194.
- ISRAEL, Jonathan (1975): *Race, Class and Politics in Colonial Mexico, 1610-1670*. Oxford: Oxford University Press.
- KAUFHOLD, Karl Heinrich (1978): "Umfang und Gliederung des deutschen Handwerks um 1800". En: Abel, Wilhelm, et al.: *Handwerksgeschichte in neuer Sicht* (Göttinger Handwerkswirtschaftliche Studien, 16). Göttingen: Schwartz, pp. 26-64.
- LATROBE, Charles Joseph ([1836] 1970): *The Rambler in North America: 1832-1833*. 2 vols. London, reimpresión New York: Seeley & Burnside.
- LIEHR, Reinhard (1971): *Stadtrat und städtische Oberschicht von Puebla am Ende der Kolonialzeit (1787-1810)*. Wiesbaden: Steiner. Ed. en español (1976): *Ayuntamiento y oligarquía en Puebla, 1787-1810*. 2 vols. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública, SepSetentas.
- LÓPEZ APARICIO, Alfonso (1952): *El movimiento obrero en México: antecedentes, tendencias y desarrollo*. México, D.F.: Jus.
- LÓPEZ CÁMARA, Francisco (1962): *Los fundamentos de la economía mexicana en la época de la Reforma y la Intervención. (La vida agrícola e industrial de México según fuentes y testigos europeos)*. México, D.F.: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.
- LÓPEZ CANCELADA, Juan (1811): *Ruina de la Nueva España si se declara el comercio libre con los extranjeros*. Cádiz: Imprenta de M. Santiago de Quintana.
- LYON, G. F. (1828): *Journal of a Residence and Tour in the Republic of Mexico in the Year 1826. With some Account of the Mines of that Country*. 2 vols. London: John Murray.
- MACLURE, William (1831-1838): *Opinions on Various Subjects, Dedicated to the Industrious Producers*. 3 vols. New Harmony: School Press.
- MARTIN, Norman F. (1972): "La desnudez en la Nueva España del siglo XVIII". En: *Anuario de Estudios Americanos*, 29, pp. 261-294.
- MIÑO GRIJALVA, Manuel (1983): "Espacio económico e industrial textil: Los trabajadores de Nueva España, 1780-1810". En: *Historia Mexicana*, 32, 4, pp. 524-553.
- (1990): *Obrajes y tejedores de Nueva España 1700-1810*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales. Ed. mexicana corregida: México, D.F.: El Colegio de México, 1998.
- MORENO NAVARRO, Isidoro (1973): *Cuadros del mestizaje americano. Estudio antropológico del mestizaje*. Madrid: José Porrúa Turanzas.

- MÜHLENPFORDT, Eduard ([1844] 1969): *Versuch einer getreuen Schilderung der Republik Mexiko*. Introducción por Ferdinand Anders. Graz: Akademische Druck- und Verlagsanstalt.
- NORMAN, Benjamin Moor (1843): *Rambles in Yucatán; or Notes of Travel through the Peninsula, Including a Visit to the Remarkable Ruins of Chi-Chen, Kabab, Zayi, and Uxmal*. New York: J. & H. G. Langley.
- ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier (1978): *Comercio exterior de Veracruz 1778-1821. Crisis de Dependencia*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- OTHÓN DE MENDIZÁBAL, Miguel (1947): "Las artes textiles indígenas y la industria textil mexicana". En: *Obras completas*, vol. 6. México, D.F.: Talleres Gráficos de la Nación.
- PEÑA, Sergio de la (1975): *La formación del capitalismo en México*. México, D.F.: Siglo XXI.
- PENNY, Edward B. (1828): *A Sketch of the Customs and Society of Mexico, in a Series of Familiar Letters, and a Journal of Travels in the Interior, during the Years 1824, 1825, 1826*. London: Longman & Co.
- PLATT, D. C. M. (1972): *Latin America and British Trade 1806-1914*. London: Charles Black.
- (coord.) (1977): *Business Imperialism 1840-1930. An Inquiry Based on British Experience in Latin America*. Oxford: Clarendon Press.
- POHL, Hans/HAENISCH, Jutta/LOSKE, Wolfgang (1978): "Aspectos sociales del desarrollo de los obrajes textiles en Puebla colonial". En: *Comunicaciones (Proyecto Puebla-Tlaxcala)*, 15, pp. 41-45.
- POTASH, Robert A. (1959): *El Banco de Avío de México. El fomento de la industria 1821-1846*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- PRIETO, Guillermo (1850): *Indicaciones sobre el origen, vicisitudes y estado que guardan actualmente las rentas generales de la Federación Mexicana*. México, D.F.: Ignacio Cumplido.
- QUINTANA, Miguel A. (1957): *Estevan de Antuñano. Fundador de la industria textil en Puebla*. 2 vols. México, D.F.: Ministerio de Hacienda y Crédito Público.
- QUIRÓS, José María (1817): *Memoria de estatuto. Idea de la riqueza que daban a la masa circulante de Nueva España sus naturales producciones en los años de tranquilidad, y su abatimiento en las presentes conmociones*. Veracruz: sin editorial.
- REAL DÍAZ, Joaquín (1959): "Las ferias de Jalapa". En: *Anuario de Estudios Americanos*, 16, pp. 167-314.
- RICHTHOFEN, Emil Karl Heinrich Freiherr von (1854): *Die äusseren und inneren politischen Zustände der Republik Mexico seit deren Unabhängigkeit bis auf die neueste Zeit*. Berlin: Deckersche Geheime Ober-Hofbuchdruckerei.
- RIVERO, Luis Manuel de (1844): *Méjico en 1842*. Madrid: Imprenta de D. Eusebio Aguado.
- SALVUCCL, Richard J. (1982a): *Industrial Organization and Economic Geography: The Textile Manufactories in New Spain, 1690-1810*. Manuscrito inédito. Bielefeld: Universität Bielefeld.
- (1982b): *Enterprise and Economic Development in Eighteenth-Century Mexico. The Case of the Obrajes*. Tesis de doctorado. Berkeley. Ann Arbor: University Microfilms International.
- SANTIAGO CRUZ, Francisco (1960): *Las artes y los gremios en la Nueva España*. México, D.F.: Jus.
- SCHRAMM, Percy Ernst (1950): *Deutschland und Übersee. Der deutsche Handel mit den anderen Kontinenten, insbesondere Afrika, von Karl V. bis zu Bismarck. Ein Beitrag zur Geschichte der Rivalität im Wirtschaftsleben*. Braunschweig: Westermann.

- SHAW, Frederick J. (1979): "The Artisan in Mexico City (1824-1853)". En: Frost, Elsa Cecilia (coord.): *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*. México, D.F.: El Colegio de México, pp. 399-418.
- STRICKER, Wilhelm F. K. (1847): *Die Republik Mexico nach den besten und neuesten Quellen geschildert*. Frankfurt am Main: Bibliothek der Länder- und Völkerkunde.
- SUPER, John C. (1976): "Querétaro obrajes: Industry and Society in Provincial Mexico, 1600-1810". En: *Hispanic American Historical Review*, 56, 2, pp. 197-216.
- THOMSON, Guy (1978): *Economy and Society in Puebla de los Angeles 1800-1850*. 2 vols. Tesis de doctorado. Oxford: University of Oxford.
- (1986): "The Cotton Textile Industry in Puebla during the Eighteenth and Early Nineteenth Centuries". En: Jacobsen, Nils/Puhle, Hans-Jürgen (coords.): *The Economies of Mexico and Peru during the Late Colonial Period, 1760-1810*. Berlin: Colloquium, pp. 169-202.
- (1989): *Puebla de los Angeles. Industry and Society in a Mexican City, 1700-1850*. Boulder: Westview Press.
- (2002): *Puebla de los Angeles: industria y sociedad de una ciudad mexicana, 1700-1850*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- VILLA SÁNCHEZ, Juan (1835): *Puebla sagrada y profana. Informe dado a su muy ilustre Ayuntamiento el año de 1746*. Puebla: J. M. Campos.
- VILLANUEVA SALDÍVAR, M. (1963): *Las ferias medievales y su influencia en las ferias mexicanas*. Tesis doctoral. México, D.F.: UNAM.
- VOSS, Stuart F. (1982): *On the Periphery of Nineteenth-Century Mexico. Sonora and Sinaloa 1810-1877*. Tucson: University of Arizona Press.
- WARD, Henry G. (1828/1829): *Mexico im Jahre 1827*. 2 vols. Weimar: Verlag des Gr. M. S. pr. Landes-Industrie-Comptoirs.
- WHEAT, Marvin (1857): *Travels on the Western Slope of the Mexican Cordillera, in the Form of fifty-one Letters, Descriptive of much of this Portion of the Republic of Mexico; of some of its Chief Cities and Towns; of the Constitutional Aspect of Topographical Features of that Region; and of its Productions and Capabilities, Embracing its Commerce, Agriculture, Manufactures, Industry, Mineral and Forest Resources; as well as the Manners and Customs of the People*. San Francisco: Whitton, Towne & Co.
- ZIRCKEL, Otto (1849): *Tagebuch geschrieben während der nordamerikanisch-mexikanischen Campagne in den Jahren 1847 und 1848 auf beiden Operationslinien*. Halle: H. W. Schmidt.